

BERNARD SHAW

**El compromiso
de Blanco Posnet**

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



Copyright, by Julio Broutá, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. HORRÁS

N.º de la procedencia

EL COMPROMISO DE BLANCO POSNET

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BERNARD SHAW

EL COMPROMISO DE BLANCO POSNET

COMEDIA

en un acto y en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1912

PERSONAJES

BLANCO POSNET.

DANIELS, su hermano.

KEMP, alcalde.

STRAPPER KEMP, hermano del alcalde.

NESTOR.

EL PRESIDENTE DEL JURADO.

BABSY.

LOTTIE.

HANNAH.

JENIE.

EMMA.

FEEMY.

UNA MUJER.

EL CARRETERO JO.

Varios muchachos



ACTO UNICO

Varias mujeres están sentadas juntas en una habitación espaciosa no desemejante á un cobertizo del diezmo como las que existían antiguamente en Inglaterra; es su construcción de madera, pero con ventanas en alto cerca del techo. Está amueblada como una sala de tribunal, con el piso alzado junto á las paredes y en esa elevación un asiento para el Juez y el Alcalde, una urna basta para el jurado á su derecha y un banco de acusados á su izquierda. En la parte baja del medio hay una mesa con banco alrededor. Algunos bancos más están esparcidos desordenadamente por la habitación. El sol de otoño luce cálidamente por las ventanas y la puerta abierta. Las mujeres, cuya indumentaria y manera de hablar es la de la vanguardia de la civilización en un territorio de los Estados Unidos de América, están sentadas en los bancos alrededor de la mesa cascando nueces. La conversación está en su auge.

- Babsy** (Una joven desaliñada y pretenciosa, pero algo agraciada.) Yo digo que un hombre que roba un caballo es capaz de todo.
- Lottie** (Una muchacha sentimental, limpia y atusada.) Pues á mi no me parece así. Creo que matar á un hombre es algo peor que robar un caballo.
- Hannah** (Juiciosa y ya de alguna edad.) No digo que esté bien hecho el matar á un hombre. En un pueblo como este, donde todos los hombres llevan revólver, y donde hay tantas cosas que pueden hacer perder la paciencia, los

hombres se acostumbran demasiado á hacer uso de las armas. Dios sabe lo triste que es que, después de echar al mundo un chico y haberle criado hasta hacerse hombre, se lo traigan á uno á casa en unas parihuelas, tal vez por una futesa, ó sólo para demostrar el que le mató que no le tenía miedo. Pero los hombres son como niños cuando se ven con un arma de fuego en la mano; no están contentos hasta haberla disparado contra alguien.

Jessie

(Una joven de buen fondo, de carácter alegre, pero de lengua acerada, rival de Babsy, como agraciada, pero superior á ella en pulcritud.) Disparan por disparar. Hay que verlos cuando hay un linchamiento. No se contentan con ahorcar al delincuente, hay que colgarle muy alto para que todos le acribillen á balazos, gastando sus cartuchos sin reparar en gastos, y luego quieren hacer creer que así obran por aborrecer el crimen, aunque la mayor parte de ellos estarían en el patíbulo también si se conociesen sus hechos. Sin contar lo molestos que son esos jaleos para los demás.

Lottie

Quisiera que nos hiciéramos más civilizados. No me gustan los tiros y los linchamientos. Creo que á nadie le gusta, si se ha de decir la verdad.

Babsy

Nuestro alcalde es un hombre verdaderamente severo. Y hace falta severidad para manejar á la gentecita que hay aquí. No se asusta de fusilar ni de ahorcar. Felizmente para la gente que quiere que haya orden.

Jessie

A mí no me digan. Sé lo que son los hombres. Claro está que no se asusta de fusilar ni de ahorcar. ¿Qué riesgo hay en ello con la ley de su parte y toda la muchedumbre detrás de él lampando para linchar como si fuese una diversión? ¿Hay uno que confesaría su error ó permitiría que se lo dijese si hubiesen linchado á un inocente? ¡Quíal... Lo que aquí llaman justicia no es más que una satisfacción de los malos instintos de cada uno. Lo que yo quisiera ver es á un alcalde que no se asustara de no fusilar y de no ahorcar.

- Emma** (Una hipócrita que da la razón á Babsy ó á Jessie, según la fortuna de la guerra.) Pues debo decir que á mí me pone mala ver al alcalde Kemp meter en cintura á la gente, como él dice. ¿Por qué no pone en cintura á su mujer? Ella es peor que la mitad de los hombres á quienes él lincha. Ella y su comisión de vigilancia ¡demonios!
- Babsy** (Acalorada.) ¡Vaya, de modo que ahora tomáis el partido de los ladrones de caballos contra el alcalde!...
- Jessie** ¿Quién está tomando el partido de los ladrones contra el alcalde?
- Babsy** Tú. Si te hubiesen robado un caballo á ti, ya hablarías de otro modo. Yo tuve un tío que murió de sed en los llanos porque un negro robó su caballo. Pero al ladrón le cogieron y le quemaron, y bien empleado le estuvo.
- Emma** Yo he conocido á un niño que nació jiboso porque su madre tuvo que hacer el trabajo de un caballo robado.
- Babsy** Pues ya veis. Yo digo que el robar un caballo es diez veces peor que matar á un hombre, y si la comisión de vigilancia le echa el guante á uno, más le valdría haber matado á veinte hombres que haber robado solo una silla ó una rienda, no digamos un caballo.
- (El presbítero Daniels entra.)
- Dan.** Siento interrumpirlas, señoras, pero tengo que decirles que la comisión de vigilancia ha cogido á un nombre, y hace falta la sala para celebrar el juicio.
- Jessie** Pero no podrán juzgarle hasta que el alcalde Kemp vuelva del muelle.
- Dan.** Sí, pero tenemos que guardar al preso aquí hasta que venga.
- Babsy** ¿Qué falta hace meterle aquí? ¿No se le podría tener en la cuadra del alcalde?
- Dan.** Tiene un alma que necesita ser salvada, lo mismo que cada uno de vosotros. Tengo la obligación de infundirle ideas religiosas antes de que se presente ante el Sumo Hacedor, que será en seguida después del juicio.
- Hannah** ¿Qué ha hecho, Mr. Daniels?

- Dan.** Ha robado un caballo.
- Babsy** ¡Y á nosotras se echa de aquí por un ladrón de caballos! ¿No basta una cuadra para él?
- Dan.** Para él sí, tal vez, pero no para mí. Mientras yo sea presbítero aquí, tengo que velar por la dignidad de El á quien sirvo en la medida de mis débiles fuerzas. Así, pues, háganme el favor de marcharse. Permítanme. (Coge el saco de las cáscaras y lo aparta á un lado, al pie de la urna de los jurados.)
- La mujer** (Murmurando.) Siempre pasa lo mismo. Precisamente cuando nos habíamos puesto á la obra. ¿Por qué estorbamos aquí? ¡Qué fastidio! Pues que acaben la tarea ellos. ¡Bendito sea Dios! No nos pueden dejar en paz un minuto. ¡Habrás visto, echar así á la gente!
- Hannah** ¿De quién es el caballo, Mr. Daniels?
- Dan.** (Volviendo para coger el otro saco.) Pues el del alcalde... aquel que prestó al joven Strapper. Strapper me lo prestó á mí, y el ladrón lo robó creyendo que era mío. Si hubiese sido mío, le hubiese yo perdonado con mucho gusto. Creí que se escaparía, porque tenía una delantera de dos horas sobre le comisión de vigilancia. Pero le cogieron. (Coge y aparta también el otro saco.)
- Jessie** ¡Valiente caballo, si con una delantera de dos horas le cogieron!
- Dan.** (Volviendo hacia el centro del grupo.) Lo extraño es que él no estaba en el caballo cuando le cogieron. Estaba aseándose, y claro esta que niega haber robado el caballo. El hermano del alcalde quería atarle á un árbol y darle latigazos hasta hacerle confesar qué había hecho del caballo, pero no pude permitirlo, que esa no es la ley.
- Babsy** ¡La ley! Pero, ¿qué derecho á la ley tiene un ladrón de caballos? La ley no se puede aplicar tratándose de semejante ser.
- Dan.** No digas eso, Babsy. A ningún hombre se le puede hacer confesar por malos tratos sin haber probado antes con la religión. Si Dios quiere le sacaré todos los particulares del asunto si queréis hacer el favor de marcharse de aquí. (Fuera se oye ruido.) Ya le traen. ¡Vamos, señoras, vamos!

(Se levantan de mal grado. Hannah, Jessie y Lottie retroceden hacia el banco del alcalde, guiadas por Daniels, pero las otras salen capitaneadas por Babsy y Emma para ver al prisionero.

Blanco Posnet es traído por Strapper Kemp, el hermano del alcalde, y un hombre de mirada torcida, que se llama Squinty. Otros siguen detrás. Blanco es evidentemente un grañuja. Haría falta lavarle previamente para adivinar su edad, pero se ve que tiene menos de cuarenta años, y unos bigotes rojos vueltos hacia arriba y su pelo que cae en forma de tupé proclaman el dandy á pesar de su desaliño. Lleva alta la frente, y tiene una boca que denota resolución, por más que en sus ojos brilla el fuego del incipiente «delirium tremens».

Tiene los brazos atados con una cuerda larga, cuyo extremo tiene Squinty. Le sueltan al entrar, y él se estira y echa una mirada por la habitación hacia las mujeres. Strapper y los hombres se quedan entre él y la puerta.)

Babsy

(Escupiéndole cuando pasa.) ¡Ladrón, ladrón de caballos!

Otros

Ya te ahorcarán, ¿lo oyes? Y bien empleado que te estará. Bien empleado. Eso te enseñará. ¿A qué juzgarle? Linchémosle desde luego á ese canalla. Sí, sí, en seguida, á lincharle.

Blanco

(Burlándose.) ¡Angelitos compasivos!...

Babsy

Me llamas ángel y yo te escupo á tu cara de bribón.

Blanco

Dadme vuestra protección.

Emma

No habrá ángeles á donde vas á ir.

Otros

Demonios es lo que habrá. Y buena compañía para un ladrón de caballos.

Todos

¡Ladrón de caballos! ¡Ladrón de caballos!
¡Ladrón de caballos!

Blanco

¿Son las mujeres que ejercen la ley aquí ó los hombres? ¡Que salgan esos pendones!

Mujeres

¡Qué! (Se precipitan hacia él, increpándole, gritando apasionadamente, tirando de él. Lottie se tapa los oídos y sale corriendo. Hannah sigue detrás de ella meneando la cabeza. A Blanco le tiran al suelo.) Pero, ¿habéis oído lo que nos llamó? ¡Habrá sinvergüenza! ¡Mentiroso! ¡Llamar así á unas mujeres decentes! A este le arreglo yo las cuentas. ¡Ay, á mí me ha pegado, cobarde! ¿Lo

habéis visto? ¡A lincharle! Pedro, ¿aguantará que me insulte ese escuerzo? ¡A quemarle, á quemarle! Esto es lo que hay que hacer con él. Sí, ¡á quemarle!

Hombres (Apartando á las mujeres y logrando que salgan, medio por la violencia, medio por la persuasión.) Vaya, vaya, fuera. Dejadle. Vamos, despejar. ¡Fuera, fuera! ¡Caramba con la mujer! Suelta mi pelo ó te retuerzo el brazo. Suelta te digo. ¿A qué viene alborotar así? Vamos, señoras, señoras. ¿Os gustaría á vosotras ser ahorcadas?

(Por fin las mujeres son arrojadas, y quedan el presbítero Daniels, el hermano del alcalde Strapper Kemp, y unos pocos más con Blanco. Strapper es un muchacho que va para hombre: fuerte, egoísta, testarudo y resuelto.)

Blanco (Levantándose y limpiándose.)
*Mujeres dulces, recatadas,
más que mujeres, lindas hadas...*

¡Cómo me han puesto la cara! Sus malditas uñas parecen de acero. Creo que estoy echando sangre. (Se sienta en el banco más próximo.)

Dan. No es nada. Sólo le han hecho un arañazo debajo del ojo izquierdo.

Strap. Milagro que no le hayan sacado los dos ojos.

Blanco (Enjugándose la sangre.)
*En las angustias y el dolor
eres ángel consolador.*

Vete con ellas, Strapper Kemp, y háblales del caballito de tu hermano mayor, que algún tunante habrá robado. Anda y llora agarrado de las faldas de tu mamá.

Strap. (Furioso.) No vengas con bromas de mal gusto, Blanco Posnet, que yo te... te...

Blanco Que me cruzarás la cara, ¿no es eso? Claro, tu hermano es alcalde, ¿verdad?

Strap. Sí lo es. Y ahorca á los ladrones de caballos.
Blanco (Con tranquila convicción.) Es un alcalde corrompido. Si ahorcara á los ladrones, su deber sería ahorcarse á sí mismo. Esta población está corrompida. Vuestros padres vinieron aquí engañados por la creencia de que había minas de oro: Y cuando vieron que no había tales minas, cada uno se dedicó á alguna industria más ó menos decente.

- Strap.** Si no hubiese prometido al presbítero Daniels dejarle intentar salvarte del infierno, me encargaría yo de ahorcarte antes de que lo haga la comisión de Vigilancia.
- Blanco** (Con infinito desprecio.) ¡Usted y su alcalde corrompido y su comisión de Vigilancia compuesta de granujas!
- Strap.** Son bastantes para ahorcar á un ladrón de caballos.
- Blanco** Cualquier imbécil es bastante para ahorcar al hombre más sabio del país. Es lo que más le cuadra. Pero tú no puedes ahorcarme á mí.
- Strap.** ¿Que no?
- Blanco** No, no puedes. Salí de la población esta mañana al amanecer, porque es una población corrompida y no gusto de vivir en ella. El caballo de tu hermano hizo lo mismo, como cualquier caballo de buen juicio haría. Luego en vez de ir en busca del caballo, fuiste en busca mía. Ha sido una gran tontería, porque el caballo pertenecía á tu hermano... ó al hombre al que lo robó... y yo no le pertenecía. Bien, me encontraste, pero no encontraste el caballo. Si hubiese yo robado el caballo, montado en él hubiese yo estado. ¿Por qué había yo de andar á pie pudiendo ir á caballo?
- Strap.** No sé si no te marchaste dos horas más tarde de lo que dijiste.
- Blanco** ¿Qué importa lo que tú crees ó no crees? ¿Es justo ahorcar á un hombre porque perdiste el caballo de tu hermano y porque quieres matar á alguien para que se te pase el disgusto? Seguramente que no. Mientras no se encuentre un testigo que me haya visto con aquel caballo, no se me puede tocar, bien lo sabes.
- Strap.** ¿Dice así la ley, Mr. Daniels?
- Dan.** El alcalde conoce la ley. No estoy seguro, pero creo que sería conveniente tener un testigo. Búscalo, Strapper, y déjame solo con este desgraciado á ver si salvo su alma ofuscada.
- Strap.** No tardaré en encontrar un testigo. Sé el camino que tomó y preguntaré á todos los

que puedan haberle visto. Venid, muchachos. (Strapper sale con los otros, dejando á Blanco y Daniels solos. Blanco se levanta y va hacia el presbítero, mirándole con sumo desprecio)

Blanco ¡Hola, hermano! Boozy Posnet, alias presbítero Daniels. ¡Bien, ladrón; bien, borracho!

Dan. Repórtate, Blanco. Nunca creerán que somos hermanos.

Blanco No tengas cuidado. ¿Crees que voy á reclamarle como hermano? ¿Crees que estoy orgulloso de tí? Eres un ser corrompido, Boozy Posnet. Cuando nos tratábamos, lo único que sabías hacer era pedirme dinero para emborracharte. Ahora prestas dinero y vendes bebidas á otros. Antes me avergonzaba de tí y ahora me avergüenzo más. Quisiera que no fueras mi hermano. El cielo me hizo el regalo de ti, pero poco tengo que agradecersele. No tengas cuidado, que no revelaré el secreto. (Le vuelve la espalda y se sienta.)

Dan. Te digo que no te creerían, así pues, me importa poco que hables ó no hables. Ten juicio, Blanco. No es este el momento de hacer bromas, porque serás cadáver una hora después de la llegada del alcalde. ¿Qué te dió para que robaras aquel caballo?

Blanco No lo robé. Me apoderé de él para indemnizarme de lo que me debías. Creí que era tuyo. Fui un tonto en creer que tú tenías algo que no fuera de otro. Cogiste cuanto dejaron nuestros padres al morir. Nunca reclamé mi parte. Nunca reclamé el dinero que te había prestado. Solo te pedí el collar de mi madre con un rizo de su pelo y me lo negaste. No quisiste darme nada. Por eso quise tomar algo de lo mío quitándote el caballo, para darte una lección.

Dan. ¿Por qué no tomaste el collar ya que querías robar algo? No te hubiesen ahorcado por ello.

Blanco Quizás valga más que me ahorquen por haber robado un caballo que no me dejen libre por un maldito objeto anhelado por mi sentimentalismo.

Dan. ¡Oh, Blanco, Blanco! El orgullo espiritual ha sido tu perdición. Si hubieses obrado

como yo, hoy serías un hombre libre y respetable en vez de estar con una cuerda en el cuello.

Blanco (Volviéndose hacia él.) ¡Obrar como tú! ¿Qué quieres decir? ¿Que me hubiese dado á la bebida? Pues algo de eso he hecho en los últimos tiempos. Veo cosas.

Dan. Tarde, Blanco, tarde. (Convulsivo.) ¡Ah! ¿por qué no bebiste como yo tenía costumbre? ¿Por qué no bebiste como yo fuí inducido á hacer por Dios nuestro Señor para mi bien hasta que llegó el momento de dejarlo? Fué la bebida la que salvó mi carácter cuando era joven, y fué la falta de ella la que á ti te echó á perder. Dime ¿me emborraché yo alguna vez cuando estaba trabajando?

Blanco No, pero nunca trabajabas cuando tenías dinero para emborracharte.

Dan. Esto precisamente demuestra la sabiduría de la Providencia y la gracia del Señor. Dios cumple sus fines de muchas maneras, que nosotros poco las vemos cuando tratamos de oponer nuestras propias leyes miopes á su palabra. ¿Cuándo se apodera el diablo de un hombre? Ni cuando está trabajando ni cuando está bebido, sino cuando está ocioso y sin beber. La propia naturaleza nos impulsa á beber cuando no tenemos otra cosa que hacer. Mírate á ti y mírame á mí: Cuando habíamos logrado llenar de dinero el bolsillo, ¿qué hacíamos? Ir á divertirnos, naturalmente. Pero yo era de pensamientos humildes. Hacía lo que hacían los demás. Gastaba el dinero en alguna taberna, y decía: «que me echen cuando lo haya gastado todo». ¿Me viste alguna vez sereno mientras me duraba el dinero?

Blanco No, y te ponías tan asqueroso que me choca no me hayas quitado el gusto á la bebida para el resto de mis días.

Dan. Ese fué tu orgullo espiritual, Blanco. Nunca te hiciste cargo de que mientras yo estaba borracho estaba en un estado de inocencia. Las tentaciones y las malas compañías y los malos pensamientos pasaban por mí como el viento de verano como tú dirías, ya que

estaba demasiado borracho para notar su presencia. Cuando se había acabado el dinero y me echaban, yo era como el oro que se saca del crisol, con mi carácter sin alterar ni sin pervertir. ¿Puedes decir otro tanto, Blanco? Tus diversiones, ¿dejaban intacto tu carácter? ¡Ah, no, no! Eran los teatros, era el juego, eran las malas compañías, era la lectura de malas novelas; eran las mujeres, Blanco, las mujeres; eran malos pensamientos y roedor de descontento. Concluiste por ser un trasnochador y un jugador, y el triste fin de ello será la horca esta tarde. ¡Ah, qué lección contra el orgullo espiritual! ¡Ah, qué...! (Blanco le tira su sombrero.)

Blanco

Cállate, hombre, cállate.

*Del pobre pecador que va á morir
no turbes los instantes postrimeros.*

Dan.

Sí, así te va á ti, con tus aficiones á la liviana poesía. Pero no puedes negar lo que te he dicho. Porque ¿crees que pondría en peligro mi alma vendiendo bebidas si supiese que no hacía bien, en contra de lo que dicen esos tontos de reformadores y partidarios de la templanza que quieren ahogar los gustos naturales implantados en todos nosotros con un fin bueno? No, aunque mañana hubiera de morirme de hambre. Pero yo sé lo que hago. Te digo, Blanco, lo que conserva á América como la más pura de las naciones, porque cuando no está trabajando está demasiado embriagada para oír la voz del tentador.

Blanco

No, te engañas á ti mismo, Boozy. Vendes bebidas porque sacas más ganancia con ellas que vendiendo té. Y tú mismo renunciaste á la bebida porque, cuando tuviste aquel ataque en Edwardstown, te dijo el doctor que te morirías pronto, y eso te asustó.

Dan.

(Con fervor.) Doy gracias á Dios que el vender bebidas me reporta algo. Y doy gracias á Dios que me mandó aquel ataque como una advertencia de que el tiempo de beber había concluído para mí, y que El me necesitaba para otro servicio.

Blanco

Ten cuidado, Boozy. Todavía no ha concluí-

do contigo. Todavía te tiene reservado algún chasco.

Dan. ¡Qué modo de hablar del Supremo Hacedor, de Dios Todopoderoso!

Blanco El es disimulado y sigiloso. Se hace el dormido ó el muerto. Juega con uno como el gato con el ratón. Te suelta y te deja correr hasta que crees que estás fuera de su alcance, y luego, cuando menos lo esperas, te echa la zarpa.

Dan. Habla con más respeto, Blanco, con más reverencia.

Blanco (Levantándose de repente y acercándosele.) Reverencia. ¿Quién te enseñó á ti reverencia? No fué la biblia. La biblia dice: «Viene cual ladrón por la noche; sí, como un ladrón, como un ladrón de caballos...»

Dan. (Escandalizado.) ¡Oh!

Blanco (Arrollándole.) Y es verdad. Así me cogió á mí y me puso el cuello en el lazo. Para castigarme por no hacerle caso, porque vivía mi vida propia á mi manera y sin preocuparme de sus mandatos y advertencias: «No hagas esto», y «No debes hacer eso», é «Irás al infierno si haces aquello». Me despedí de él y viví sin él todos estos años. Pero por fin me cogió. Ahora se puede reir él, puesto que me van á ahorcar. (Mete las manos en sus bolsillos y se aparta mohino de Daniels, acercándose á la mesa donde se sienta, en frente de la urna de los jurados.)

Dan. No tengas la osadía de culparle por tu robo, hombre. Fué el demonio el que te tentó para que robaras el caballo.

Blanco Nada de eso. Ni Dios ni el diablo me tentó para que tomara el caballo; lo tomé como de lo mío. Peor fué la pasada que me jugó. (saca las manos de los bolsillos y aprieta los puños.) ¡Dios de Dios! ¡Pensar que podría estar en salvo y á cincuenta millas de distancia con ese caballo, y ahora estoy aquí á punto de ser ahorcado y acribillado á balazos! ¿Qué me dió? ¿Cómo pude ser tan imbécil? Esto es lo que yo quiero saber. Este es el gran secreto.

Dan. (Al otro extremo de la mesa.) Blanco, el gran secreto ahora es este: ¿Qué hiciste del caballo?

- Blanco** (Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Que mis labios se quemén como mi alma si te lo digo á ti ó á cualquier otro mortal! Me podrán quemar vivo y cortar en pedazos, pero Strapper Kemp no tendrá nunca la satisfacción de saber la verdad. Que me ahorquen. Que me den todos los tiros que quieran. Mientras estén dando tiros á un hombre y no á un miserable cobarde, me siento superior á ellos, y sus maniobras me divierten.
- Dan.** No seas testarudo, Blanco. ¿A qué viene? (En voz baja.) Tal vez te suelten si á Strapper le pones sobre la pista para recuperar el caballo de su hermano.
- Blanco** No lo creo. El ahorcar es una diversión demasiado grande para ellos para que renuncien á ello tan fácilmente. Yo me tengo la culpa. Aullé con los más feroces de ellos cuando se ahorcaba á un hombre que no era peor que yo. Disparé mi revólver sobre él y me persuadí á mí mismo que se lo tenía merecido y que yo estaba cumpliendo estrictamente la justicia. Pues ahora me ha llegado el turno á mí. Que los hombres á los que yo ayudé á matar echen una mirada desde el infierno y vean cómo aullan y disparan los demás al verme á mí ahorcado.
- Dan.** Bien, pero aunque tú quieras ser ahorcado, ¿es esto una razón para que Strapper pierda su caballo? Te digo que yo tengo que responderle de aquel caballo. (Inclinándose por encima de la mesa y con tono zalamero.) Obra como hermano, Blanco, y dime qué ha sido del caballo.
- Blanco** (Brusco, levantándose y apartándose de la mesa.) A ti no te importe. Me lo quitaron, que esto te baste.
- Dan.** (Siguiéndole.) Entonces, ¿por qué no nos pones sobre la pista del que te lo quitó?
- Blanco** Porque es un ser demasiado listo para vosotros, como fué demasiado listo para mí.
- Dan.** De eso no te preocupes, Blanco. No sería demasiado listo para los muchachos y el alcalde Kemp si estuviesen sobre su pista.
- Blanco** Sí, sería. Además no fué un hombre.
- Dan.** ¿Qué fué entonces?

- Blanco** (Apuntando arriba.) El.
- Dan.** ¡Qué manera de mencionar al todo bondadoso!
- Blanco** El me quitó el caballo. Quiso hacerme pagar cuentas atrasadas trayéndome aquí. Quiso ganar la partida, y no se le puede impedir. Bien, á mí me ha burlado, pero no puede asustarme. Yo no he de pedir perdón. Haré lo que pueda para salir del paso. Negaré hasta el fin si no pueden encontrar un testigo. Pero nunca me humillaré aunque viniesen y me lo suplicasen todos los huéspedes del cielo en túnicas blancas y me ofreciesen la vida á cambio de un corazón humilde y contrito.
- Dan.** No estás en tu juicio, Blanco. Les diré que estás loco. Creo que con esto te soltarán. (Va hacia la puerta.)
- Blanco** (Agarrándole con espanto en los ojos.) No te vayas. No me dejes solo, ¿me oyes?
- Dan.** ¡Así está tu conciencia que te asustas de estar solo á la plena luz del día, como un niño en la oscuridad!
- Blanco** Tengo miedo de él y de sus añagazas. Cuando tú levantas el demonio en mi pecho, cuando tengo delante gente ante la que pueda ser arrogante y blasonar de valiente, estoy bien. Pero he perdido el nervio desde que estuve solo esta mañana. Cuando se encuentra uno solo es cuando recobra él su ascendiente. Tal vez me trastorne otra vez la cabeza. Tal vez me mande otra vez gente... no gente real, sino fantasmas. (Estremeciéndose.) ¡Dios mío! no creo que aquella mujer y aquel niño fuesen de carne y hueso. No lo creo. No noté su presencia hasta que les toqué con los codos.
- Dan.** ¿Qué mujer y qué niño? ¿Qué estás hablando? ¿Habrás bebido demasiado?
- Blanco** No te preocupes. Tienes que estarte conmigo y nada más. ¿O vendrá alguien que sea más perverso y peor que tú para mantener el demonio en mi pecho? Tal vez venga Strapper Kemp ó alguno de esos demonios arañadores de mujeres. Strapper Kemp vuelve.

- Dan.** (A Strapper.) Ha perdido la razón.
- Strap.** Son tretas. Pero no le valdrán. (Va hacia Blanco y le habla muy junto á la cara.) Es inútil. Aquí ahorcamos también á los locos. Y lo hacemos muy bien.
- Blanco** En tu presencia no tengo miedo, Strapper. Eres uno de los más perversos.
- Strap.** Sabes que tu cuenta está arreglada y que te ahorcarán de un modo como de otro. Cállate, pues. Ya encontré mi testigo. Es una mujer y te ruego que no hagas un movimiento hacia ella cuando entre para ser ca-reada contigo.
- Blanco** (Retrocediendo asustado.) Una mujer. No es una mujer real. Tampoco el niño.
- Dan.** Está delirando con una mujer y un niño. Repito que tiene la cabeza trastornada.
- Strap.** (Llamando á los de fuera.) Que entre esa señora. (Feemy Evans entra. Es una joven de veintitrés ó veinticuatro años, con modales desvergozados, algo estropeada, pero aun de buena apariencia y traje bueno, pero desaliñado.)
- Dan.** Buenos días, Feemy.
- Feemy** Buenos días, presbítero. (Pasa adelante y rodea familiarmente con un brazo á Strapper.)
- Strap.** ¿Has visto alguna vez antes á este hombre, Feemy?
- Feemy** El mismo que montaba tu caballo esta mañana, Strapper. No hay duda.
- Blanco** (Implacablemente despreciativo.) Vete á casa y lávate, guarrona.
- Feemy** (Poniéndose colorada y quitando el brazo de la espalda de Strapper.) Estoy bastante limpia para ahorcarte. (Avanzando amenazadora.) No eres un verdadero americano por insultar así á una mujer.
- Blanco** ¡Una mujer! Una... En fin, me viste á caballo, ¿no es así?
- Feemy** Sí, te vi.
- Blanco** ¿Te habías levantado tempranito, no, con toda intención?
- Feemy** No, al contrario, me había levantado tarde, por haber trasnochado el día antes.
- Blanco** Yo estaba á caballo, ¿verdad?
- Feemy** Sí, estabas, y si lo niegas, eres un mentiroso.
- Blanco** (A Strapper.) Vió un hombre á caballo cuan-

do estaba demasiado borracha para ver cuál era el hombre y cuál el caballo.

Feemy (Interrumpiéndole.) Mientes. No estaba borra-cha... al menos no tanto como dices.

Blanco (Sin hacer caso de la interrupción.) ...Y encontras-teis á un hombre sin caballo. ¿Puede ser el mismo un hombre á caballo que un hombre á pie? Quiá. Quiten á esa testigo. ¿Quién la va á creer? Que la tiren á la basura. Procuren encontrar ese caballo antes de hacer el nudo corredizo para mi cuello. (Se aparta de ella con desprecio y se sienta á la mesa con la espalda vuelta á la urna de los jurados.)

Feemy (Siguiéndole.) Te he de ahorcar, asqueroso la-drón de caballos, ó ningún hombre en este pueblo volverá á lograr de mí ni una pala-bra ni una mirada. Usted se ha caído, se lo digo yo.

Blanco ¿Y tú, hijita, cómo estás? Eres un mayor peligro para una población como esta, que diez ladrones de caballos.

Feemy Mr. Kemp, ¿tolerará usted que se me insulte de ese modo? (A Blanco con despecho.) Veré cómo te cuelgan y cómo te vuelven á bajar, te veré en alto y te veré en bajo, á pesar de ser tan peligrosa. (El se ríe.) No hace falta que tengas ese descaro. Bastante pálido estarás antes de que los muchachos concluyan contigo.

Blanco Me haces bien, Feemy. Estate á mi lado hasta el final, ¿quieres? Tenme la mano al final y moriré con valor (Le tiende la mano, ella golpea groseramente hacia ella, pero él la retira á tiempo y se ríe del chasco.)

Feemy Eres ..

Dan. No hagas caso. Feemy. No está en sus caba-les. (Ella lo oye con incredulidad despreciativa, y se sienta en el peldaño del asiento elevado del alcalde. El alcalde Kemp entra; es un hombre recio, con ore-jas grandes y planas y un cuello más gordo que la ca-beza.) Buenos días, señor alcalde.

Alc. Buenos días. (Pasando adelante.) ¡Hola, Stra-pper! (Avanzando más.) ¡Hola, Miss Evans! (Pa-sándose entre Strapper y Blanco.) ¿Es este el prego?

Blanco (Levantándose.) Soy yo. Buenos días, señor al-calde.

- Alc.** Buenos. Sabrá, supongo, que si robó un caballo; y el jurado falla en contra suya, no le quedará tiempo para arreglar sus asuntos. Así, pues, si se siente culpable, más valdrá que los arregle ahora.
- Blanco** ¡Qué asuntos, ni ocho cuartos! No tengo ningunos.
- Alc.** Bien; ¿está usted en disposición? ¿Ha hablado con usted el presbítero?
- Blanco** Sí, habló conmigo. Y digo que aquí se ha cometido una ilegalidad. Se me ha atormentado.
- Dan.** No está en sus cabales. Su cabeza está perturbada, señor alcalde. No está en estado de prentarse ante el Supremo Juez.
- Alc.** Tiene usted un corazón clemente, presbítero, pero no podra usted convencer á los muchachos. (A Blanco.) Si ha de ser ahorcado usted, mejor será que lo sea en una disposición mental propia, que no impropia. Pero á nosotros no nos hará cambiar de parecer, téngalo por seguro.
- Blanco** Dios me conserve malo hasta que muera. Ahora ya hice mi pequeña oración. Estoy listo. No que sea culpable, al contrario. Pero esta población está pervertida, y no se puede esperar nada bueno de ella.
- Alc.** Nadie le exigirá que viva por mucho tiempo en ella. (A Strapper.) ¿Ya se oyó á la testigo, Strapper?
- Strap.** Todo está hecho.
- Blanco** Pero el caballo no parece.
- Alc.** ¡Cómol! ¿Que no se ha hallado el caballo?
- Strap.** No. Lo vendió antes de que le echáramos el guante. Pero Feemy le vió en el caballo.
- Feemy** Sí que le vi.
- Strap.** ¿Mando entrar á los muchachos?
- Blanco** Un momento, señor alcalde. Hay que presentarse adecentado en un sitio como este. (Saca de su bolsillo un peine y un espejo y se retira hacia la silla del alcalde, para arreglarse el pelo.)
- Dan.** ¡Ah! piensa en tu alma inmortal, hombre, y no en tu cara dé bobo.
- Blanco** Señor presbítero, no puedo cambiar mi alma, ella si que me cambia á mí, á veces; Feemy querida, estoy demasiado pálido. deja que roce mis mejillas con las tuyas.

- Feemy** Mientes, mis colores son naturales y propios. Buenos colores tendrás cuando te ahorquen y te acribillen á balazos.
- Blanco Alc.** Pero, ¿qué rabia me tienes, mujer!
No malgastemos el tiempo con usted. (A Strapper.) Vete á ver si los muchachos están listos. Algunos de ellos están escasos de cartuchos y habrán ido á la tienda á comprarlos, También querrán participar de la diversión, y para el reo, cuantos más sean, mejor y más breve será.
- Strap.** Jacobito trajo una caja llena. Todos están listos.
- Alc.** (Yendo hacia la silla presidencial y dirigiéndose á Blanco.) Su sitio de usted está en el banco de los acusados. Póngase en él. (Blanco se inclina irónicamente y va á sentarse en el banco.) Miss Evans, siéntese á la mesa. (Ella obedece y se sienta en la esquina más próxima del banco de los acusados. El presbítero se acomoda en la esquina opuesta. El alcalde ocupa su silla.) Ya podemos empezar.
- Strap.** (A la puerta.) Entrad todos, que la vista va á empezar.
(La muchedumbre entra y llena la sala. Babsy, Jessie y Emma se ponen á la derecha del alcalde. Hannah y Lottie, á su izquierda.)
- Alc.** Silencio ahora. Que los jurados ocupen sus sitios como de costumbre. (Así hacen.)
- Blanco Pres.** Rechazo esos jurados, señor alcalde.
- Alc.** ¿Cómo es eso?
- Blanco Alc.** ¿Por qué razón?
- Blanco Alc.** Porque son unos pervertidos. (Risas.)
- Alc.** No es una razón legal.
- Pres.** Para mí es una razón para pegarle un tiro sin más ni más, la primera vez que le encuentre, si de esta vista escapa con vida.
- Blanco Pres.** Rechazo al Presidente por sus prejuicios.
Mientes. Tenemos la intención de ahorcarte, Blanco Posnet, pero lo queremos hacer como es debido.
- Los Jurados** ¡A ver!
- Strap.** (Al alcalde.) Oye, Jorge, es una tontería. ¿Cómo podrá lograrse un jurado imparcial, si el preso sale conque están pervertidos? Si hay algún prejuicio contra él, culpa de él será.

Los Muchachos Eso es. Culpa de él. Está insultando al Tribunal. No hay que hacerle caso. Que le pongan una mordaza.

Nestor (Un jurado con larga barba blanca, borracho, el decano de los presentes.) Además debo decir, señor alcalde, que el hombre que no tenga prejuicios contra un ladrón de caballos está incapacitado para formar parte de un jurado en esta población.

Los Muchachos Muy bien. ¡Bien por el señor Nestor! ¡Esa es la verdad! Como que en ello se contiene.

Alc. No hay duda, amigo mío. Pero de todos modos hay que ser todo lo imparciales que sea posible. Todo ciudadano tiene derecho á ser juzgado con estricta justicia. Esto es lo que vamos á hacer. Si al preso no le gusta este jurado, hubiera debido robar un caballo en otra población, porque aquí no hay otro jurado disponible.

Pres. Así es, Blanco Posnet.

Alc. (A Blanco.) No se apure. Aquí hallará justicia. Será justicia dura, pero justicia al fin.

Blanco ¿Qué es justicia?

Alc. Justicia es ahorcar á los ladrones de caballos. Ya lo sabe usted. Y ahora le digo que basta de palabrería. A ver si se toma acta de las declaraciones de la testigo.

Blanco (Golpeando con indignación la barra del banco de los acusados.) Que juren los jurados. ¡Vaya un alcalde que no sabe que tienen que jurar los jurados!

Pres. (Con ira.) ¡Jurar por semejante ser! ¿Qué dice usted, respetable amigo?

Nestor (Deliberada y solemnemente.) Yo digo: ¡¡culpable!!

Los muchachos (Precipitándose tumultuosamente hacia Blanco.) Eso es. Culpable, culpable. ¡A sacarle y á ahorcarle! Su culpabilidad está probada. ¿Dónde hay una sogá? Arriba con él. (Van á sacarle.)

Alc. (Levantándose con una pistola en la mano.) No toqueis á ese hombre. No tocarle, digo, Squinty, ó te dejo seco, así fueras mi hijo. (Silencio sepulcral.) El alcalde aquí soy yo, y soy yo quien tiene que disponer cómo se ha de ahorcar en justicia. (sueltan al preso.)

- Blanco** Como dice el actor en la función *El juicio de Daniel*. Por cierto que era un actor muy malo el que yo vi.
- Alc.** El presbítero Daniels ya está aquí para tomar parte en el juicio, amigo mío. Señor presbítero, tiene usted la palabra. (Daniels se levanta.) Denos su informe. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y que Dios le ayude.
- Dan.** Señor alcalde, déjeme á mí fuera del asunto. No me pertenece fallar sobre la vida de ese hombre. El y yo somos, en cierto modo, hermanos.
- Alc.** Esto habla en su favor de usted, señor presbítero, todos aquí lo reconocerán; pero una cosa es la religión y otra es la ley. Dentro de la religión todos somos hermanos. Dentro de la ley no reconocemos á nuestro hermano, si roba caballos.
- Pres.** Además, usted no necesita ahorcarle. Hay de sobra manos voluntarias que se encargarán de la tarea. Adelante, pues, con los faroles.
- Strap.** Me responde usted del caballo mientras no se justifique usted mismo, presbítero, no lo olvide.
- Blanco** Habla, hombre, habla.
- Dan.** Te aconsejo, Blanco, que confieses plenamente. Todo el mundo sabe que Strapper me prestó uno de los caballos del señor alcalde, porque el mío estaba cojo. Todo el mundo sabe que llegaste ayer á esta poblacion y fuiste á mi casa. Todo el mundo sabe que la misma mañana que tú desapareció el caballo.
- Blanco** (En tono forense.) Señor alcalde, el señor presbítero, aunque conocido por usted, y por todos aquí como no hermano mío y sí como el mentiroso más desvergonzado de esta población, por primera vez en su vida está diciendo la verdad en lo que me concierne á mí. En cuanto al caballo, no digo nada, sino que era el caballo peor que haya usted tratado de vender.
- Alc.** ¿Cómo sabe usted que era mal caballo, si no lo robó usted?

- Blanco** No hablo por conocimiento propio. Solo deduzco que si el caballo hubiese valido algo, no lo hubiese usted prestado á Strapper; y Strapper á su vez no lo hubiese prestado á este elocuente y venerable borrego. (Risas reprimidas.) Y ahora le pregunto á él lo siguiente: (A Daniels.) ¿Es verdad ó no es verdad que tuvimos una disputa acerca de cierto objeto dejado por nuestra pobre madre y al que me consideraba yo con más derecho que tú? ¿Y es verdad ó no es verdad que no me dijiste una palabra de que el caballo no era tuyo?
- Dan.** ¿Por qué había yo de decirte algo de eso? No hablamos del caballo para nada. ¿Cómo podía yo adivinar tus intenciones?
- Blanco** Conste que yo tenía derecho á llevarme un caballo suyo sin robar para resarcirme de de lo que él me negaba. No soy un ladrón. Pero, además, no está demostrado que yo me llevara el caballo. Diga, Strapper Kemp, ¿tenía yo el caballo cuando me cogiste?
- Strap.** No, ni tampoco tenías un coche de ferrocarril. Pero Feemy Evans te vió pasar á caballo á las cuatro de la madrugada á 25 millas del sitio en que te cogí á las siete, en la carretera á Pony Harbor. ¿Pudiste hacer á pie 25 millas en tres horas? ¿Es así, Feemy, verdad?
- Feemy** Así es. Le ví á las cuatro. (A Blanco.) Tu cuenta está ya arreglada.
- Alc.** ¿Dices que le viste en mi caballo?
- Feemy** Sí, señor.
- Blanco** Y me lo comí, supongo, antes de que Strap- per diese conmigo. (De repente, en tono dramático.) Señor alcalde, acuso á Feemy de tener relaciones inmorales con Strapper.
- Feemy** Mentiroso.
- Blanco** Acuso á la guapa Eufemia de tener relaciones inmorales con todos los hombres de la población, inclusive con usted, señor alcalde. Digo que esta es una conspiración entre Feemy y Strapper para matarme porque no quisiera tocar á Feemy ni con unas tenazas. Digo que no se atreverán ustedes á ahorcar á un hombre blanco sobre la pala-

bra de una mala hembra. Confío en el honor y la virtud de mi ciudadanía de americano. Digo que ella no ha prestado juramento y que por el honor de la población no se atreven ustedes á hacerla jurar, porque sus labios serían una blasfemia contra la Santa Biblia si besaran sus páginas. Esta es la ley, y si es usted un alcalde como es debido y no un vulgar linchador, mantendrá la ley, no permitirá que sea arrastrada por el cieno por la manceba de su hermano. (Gran excitación entre las mujeres. Los hombres quedan muy confusos.)

Jessie Tiene razón. No hay que permitirle besar el libro.

Emma ¿Cómo ha de decir la verdad una como ella?

Babsy Sería un insulto para toda mujer honrada el creerla.

Feemy Es fácil ser honrada cuando no hay nadie que dé ocasión á no serlo.

Las mujeres (Gritando todas juntas.) Cállese la muy sinvergüenza. ¡Qué calamidad! ¿Cómo se atreverá á abrir la boca para insolentarse? Cállese y tenga cuidado. ¡La indecente esa! Que la echen de la población.

Alc. Silencio. ¿Habéis oído? Silencio. (Cesa el clamor.) ¿Hay alguien más que vió al reo á caballo?

Feemy (Apasionada.) ¿No soy yo bastante?

Babsy No, pindonga, eso es lo que tú eres.

Feemy Y tú...

Alc. Silencio. Esta vista es cosa de hombres. Y si las mujeres olvidan el lugar que les corresponde pueden salir de aquí ó ser expulsadas de aquí. Strapper y miss Evans, tengo que deciros que aquello tiene que arreglarse. Podéis andar derechos ó podéis andar torcidos, pero no es posible andar de las dos maneras á la vez. Entre los hombres de esta población existe una opinión poderosa, según la que hay que trazar una línea entre las mujeres que son esposas y madres y las que, para hablar con el libro de los libros, están tomando el sendero de las primicias. No es nuestro ánimo el ser desconsiderado para con mujer alguna, y la ma-

yor parte de nosotros estamos obligados á miss Evans por cosas de tiempo atrás, pero no hay que negar el hecho de que ella tiene razones particulares para poner en compromiso á Strapper y que—dispense ella que me exprese así—para ello no ha reparado mucho en los medios, desde el punto de vista de la moral. Así, pues, le ruego al reo no nos obligue á tomarle juramento á la testigo. Le ruego que lisa y llanamente, como conviene á un hombre á quien solo le quedan pocos minutos para estar en la eternidad, nos diga qué ha hecho de mi caballo.

Los muchachos. Eso es. Eso es. Está bien. Así, así. Anda, Blanco. Habla.

Blanco Señor alcalde, me ha convencido usted. Este mundo está pervertido, pero aún queda en él una cosa sagrada para los más pervertidos, y esa cosa es el caballo.

Los muchachos. Bien. Bien dicho, Blanco. Adelante.

Blanco Tiene usted derecho á su caballo, señor alcalde, y si yo pudiese ponerle sobre la pista para recuperarlo, lo haría. Pero si yo tuviese aquel caballo, no estaría aquí. Así como espero mi salvación, señor alcalde—ó, mejor dicho, así como espero mi condenación, porque á mí no me gusta la compañía de los beatos ni tengo talento para tocar el arpa—no sé más que usted de lo que fué de dicho caballo.

Strap. ¿A quién se lo vendiste?

Blanco No lo vendí. No me dieron nada por él. Por faltar él estoy aquí con una cuerda al cuello. Cuando me cogiste, ¿resistí como un ladrón ó huí como tal? ¿Y hubo alguna señal del caballo en mí ó cerca de mí?

Strap. Estabas mirando un arco iris como un idiota en vez de andar listo, y te echamos el guante y te atamos antes de que tuvieses el tiempo de decir oste ni moste.

Alc. Esto tiene algo de extraño. ¿A qué miraba el arco iris?

Blanco Le diré á usted, señor alcalde. Miraba el arco iris, porque había algo escrito en él.

Alc. ¿Qué quiere usted decir?

Blanco Leí las siguientes palabras: «Esta vez te ten-

go cogido, Blanco Posnet.» Sí, señor alcalde, vi esas palabras en verde en la faja roja del arco iris, y verlas y sentir la garra de Strapper en mi brazo y la de Squinty en mi pistola fué todo uno.

Pres. Está loco rematado, ni más ni menos. Creo que ya es tiempo de fallar y de tener un rato de expansión, señor alcalde.

Los muchachos. Sí, venga el fallo. Estamos pasando toda la tarde en tonto. Abreviemos.

Alc. (Tomando una determinación.) Que jure Feemy Evans. Presbítero, no hace falta que toque el libro. Enséñele las palabras.

Feemy Gente peor que yo ha besado ese libro. En todo lo malo que he hecho, la mayor parte de ustedes han tomado parte. De todos modos, á mí no me importa. Yo digo que la verdad es la verdad y una mentira es una mentira, con ó sin el libro.

Babsy Haz cómo te dicen. ¿Quién eres tú para discutir?

Alc. Silencio ahí. Adelante, presbítero.

Dan. Feemy Evans, ¿juras decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, así Dios te valga?

Feemy Juro, así me valga...

Alc. Basta. Ahora, dinos, ¿viste al reo en mi caballo esta mañana en la carretera á Pony Harbor?

Feemy Juro que... (Tumulto de muchedumbre fuera.)

Varios ¡Vamos, vamos! ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? A á ver si concluye el juicio. Silencio. No se abra.

(Strapper se precipita afuera.)

Alc. ¿Qué significa ese alboroto? ¿Es esta una sala de Tribunal ó una plaza pública?

Blanco No interrumpen ustedes á una señora en el acto de ahorcar á un caballero. ¿Qué maneras son esas?

Feemy Te ahorcaré, Blanco Posnet. Te ahorcaré. Ni por cincuenta dolars quisiera no haberte visto esta mañana. Te enseñaré á ser más cortés para conmigo, aunque no sea bastante buena para besar la biblia.

Blanco Dios me conserve malo hasta que muera. Mientras escupes inmundicia, Feemy, nada.

me asusta. (El tumulto fuera crece.) Aquí, ¿qué es esto? A ver si salen. Yo no. Déjenme pasar. ¡Hombre, no empujar! Pero ¿qué mujer es esa? Y del caballo ¿qué? ¡Qué modo de estrujar?

Alc. Señores de la comisión de vigilancia, despejad la puerta. Echadlos en el nombre de la ley.

Strap. (Fuera.) ¡Alto, Jorge! (En la puerta.) Han cogido el caballo. (Entra seguido de Jo, un carretero canoso que cruza la sala y va hacia el Jurado. Strapper va hacia el Alcalde y le habla reservadamente.)

Los muchachos. ¡Cómo! ¡Qué! ¡Han cogido el caballo! ¡El caballo del alcalde! ¿Quién le robó, entonces? ¿Dónde? Entonces se libró el reo. Sí, seguramente. Ya lo dije yo. Pero no será verdad. Vamos á verlo. ¡Por vida de...!

Alc. (A strapper.) Pero ¿qué dices?

Strap. Está ahí, te digo.

Carretero Sí, señor alcalde, el caballo está ahí, sano y bueno

Strap. Y también han cogido al ladrón.

Dan. Entonces no fué Blanco.

Strap. No, fué una mujer.

(Blanco lanza un grito y se tapa los ojos con la mano.)

Todos ¡Una mujer!

Alc. Bien, traedla aquí. (Strapper sale. El alcalde prosigue hablando á Feemy.) ¿Y tú, mentirosa indecente, que intención fué la tuya al levantar falso testimonio á Blanco?

Feemy Yo no he levantado falso testimonio á nadie. Aquí hay un lío, ya lo verán.

(Strapper vuelve con una mujer, cuya expresión de intenso dolor impone silencio á todos al agolparse para verla. Strapper la lleva al rincón de la mesa. El presbítero se retira para hacerle sitio.)

Blanco (Aterrorizado.) Señor alcalde, esa mujer no es de carne y hueso, tengan cuidado. Esa mujer les hará obrar contra su voluntad. Es la mujer del arco iris. Es la mujer que me ha traído á mí á esta situación.

Alc. Cállese, ¿me oye usted? Usted ve visiones. (A la Mujer.) Vamos á ver, ¿quién es usted? Y ¿cómo fué quedarse con un caballo que no era suyo?

- La mujer** Lo tomé para salvar la vida de mi hijo. Cref que por eso medio podría llegar á casa de un médico á tiempo. Estaba el pobrecito con el garrotillo.
- Blanco** (Como ahogándose y tratando de reir) Sí, sí, tosía mucho. Pero su tos no era cosa real, no como la mía. (Se tienta la garganta como tragando con dificultad.)
- Alc.** ¿Dónde está el niño?
- Strap.** En el cobertizo de Pug Jackson, que está haciendo un ataúd para él.
- Blanco** (Con una horrible convulsión de la garganta y tonofrenético.) ¡Muerto! ¡El pobrecito Judasín! ¡El niño por el que dí mi vida! (Estalla en una risa horrísona.)
- Alc.** (A quien la risa pone fuera de sí) A ver si se calla ese hombre. Métanle un pañuelo en la boca si no. (A la mujer.) No haga usted caso, señora, está loco con la bebida y poseído del demonio. Supongo, Strapper, que aquí no hay engaño. ¿Quién la encontró?
- Carretero** Yo fui, señor alcalde. No hay engaño. Me encontré con ella en mi camino cerca de Red Mountain. Estaba sentada en el suelo con el cadáver en su regazo y parecía atontada. El caballo estaba paciendo al otro lado de la carretera.
- Alc.** (Confuso.) Bien, pues esto está bastante embrollado. (A la mujer.) ¿Qué ocurrencia fué la suya el sacar el caballo de la cuadra de mister Daniels para ir en busca de un médico? Cuando hay un médico en la casa de al lado.
- Blanco** (Haciendo una mueca oblicua y aparentando una alegría irónica.) Esta no cuela, señora mía. Tomó usted el caballo del hombre que lo robó. Se lo dió á usted porque era blando de corazón y se enterneció cuando le contó usted la historia del niño enfermo. Pues esto me absuelve á mí, porque no soy de los que se enternecen. ¡En seguida pongo yo el cuello en la horca por un niño cualquiera!
- Pres.** No le dicte usted lo que tiene que decir. Ella dijo que cogió el caballo.
- Mujer** Sí, lo tomé de un hombre á quien encontré. Pensé que Dios me lo mandaba. Vine á ca-

ballo á esta con tanta alegría pensando así. Luego noté que el niño estaba rígido en mis brazos. Dios nunca hubiese sido tan cruel de mandarme un caballo para desilusionarme así.

Blanco
Strap.

Pues así es precisamente como obra. No tenemos nada que ver con todo eso. Este es el hombre ¿no? (Apuntando á Blanco.)

Mujer

(Tratando de recobrar su serenidad después de mirar amedrentada á Blanco, y luego al alcalde y á los jurados.) No.

Pres.
Strap.

Usted miente. Tiene usted que decir la verdad. Esa es la ley.

Mujer

El hombre tenía aspecto de malo. Me echó á mí maldiciones y también al niño. Dios le perdone. Pero algo le haría cambiar de ideas. Yo estaba desesperada. Le puse el niño en los brazos, y el niño con sus dedos le cogió el cuello y le llamó papá y trató de besarle. Porque con la fiebre no sabía lo que se hacía. El hombre dijo que era un pequeño Judas y que le estaba traicionando con un beso y que él por el niño sería ahorcado. Y luego me dió el caballo y se fué llorando y riendo y cantando cosas horribles é impías con melodía de iglesia como si tuviese siete demonios en el cuerpo.

Strap.
Alc.

Está mintiendo. Hágala jurar, Jorge. Despacio, amigo, despacio. No eres todavía el alcalde tú. El alcalde soy yo. Espera, pues. Aquí nos encontramos en una verdadera dificultad. Si Blanco ha sido el hombre en cuestión, la señora, como señora blanca, no puede librarle. No se la puede poner ante la alternativa de librarle ó de jurar en falso. Por otra parte tampoco queremos que un ladrón de caballos se libre por la delicadeza de una señora.

Pres.

Y tanto como no queremos. Lo impediremos. Mientras yo sea presidente de este jurado.

Blanco

(Con expresión intensa.) ¡Un presidente perverso! ¡Vaya un presidente!

Alc.

Cállese, una vez más. La providencia nos indica el modo de salir del paso. Dos mujeres

han visto á Blanco con un caballo. La una tiene escrúpulos para declararlo. La otra me dispensará que diga que los escrúpulos no son su lado flaco. Ella, sin embargo, basta para testigo. Feemy Evans, tú has prestado juramento, di si viste al hombre que cogió el caballo.

Feemy Le ví. Era un miserable borracho que hubiese hecho cualquier cosa antes de prestar un servicio de caridad á una mujer. Y si alguna vez hizo una buena acción, fué porque estaba demasiado borracho para conocer lo que hacía. Así, pues, no hay cuidado en ahorcarle. Esa señora dice que le echó maldiciones y se fué blasfemando y cantando cosas que no eran para los oídos de un niño.

Blanco (Perturbado.) No las dije para que las oyera el niño, para que lo sepas, serpiente venenosa.

Alc. Con todo eso no tenemos que ver. La pregunta que tienes que contestar es si aquel hombre era Blanco Posnet.

Mujer No. Digo que no fué. Lo juro. Señor alcalde, no ahorque á ese hombre ¡por Dios! Ahórqueme á mí si quieren. ¿Para qué quiero yo vivir ya? Espero que no creerán más á esa que á mí. Ella nunca tuvo un niño, lo veo en su cara.

Feemy (Herida en lo vivo.) Puedo, sin embargo, ahorcarle á pesar de usted. ¡Para lo que le ha servido á su niño que está ahora en el taller del cajero!

Blanco (Precipitándose sobre ella con un rugido.) Te voy á arrancar los hígados, infame. (Le detienen antes de que pueda alcanzarla.)

Feemy (Burlándose de él al verle luchar por alcanzarla.) ¡Ja, ja, Blanco Posnet! No me puedes tocar y yo te puedo ahorcar. ¡Ja, ja! Yo haré algo por ti. Te retorceré el corazón y el cuello. (Le arrastran otra vez al banco de los acusados, donde se queda jadeante y agotado.) Tómeme otra vez juramento, presbítero. Yo declararé. Y usted (A la mujer.) quítese de en medio con esa cara de enferma.

Strap. Vuélvale usted la espalda para que no la vea á usted.

- Mujer** Dios sabe que no quiero verla cometer un asesinato. (Se arrebujá en su mantón.)
- Alc.** Ahora, miss Evans, abreviemos. ¿El preso, es el hombre que viste esta mañana ó no es? ¿Sí ó no?
- Feemy** (Un poco histéricamente.) Lo diré con toda claridad. No crea que soy una tonta.
- Alc.** (Perdiendo la paciencia.) Vamos, ya basta de tonterías. Di la verdad, Feemy, y ni una palabra más. ¿Es el reo el hombre que viste ó no lo es? Bajo tu juramento.
- Feemy** Bajo mi juramento y tan cierto como vivo. (Cambiando de repente de entonación.) ¡Dios mío!... sintió en su cuello las manitas del niño... no puedo. (Rompiendo á llorar copiosamente é increpando á la otra mujer.) Es usted con su cara de llorona quien me ha trastornado. (A la desesperada.) No, no fué él. Sólo lo dije por despecho porque me insultó. Que me maten á palos si jamás le ví con el caballo. (Todos exhalan un largo suspiro. Silencio sepulcral.)
- Blanco** (En voz baja.) ¡Tonta! ¡Llorona! En fin, ya llegaste á lo mismo que yo. Haciendo lo que nunca tuviste intención de hacer. (Recogiendo su sombrero y hablando con voz natural.) Supongo que ya puedo marcharme, señor alcalde.
- Strap.** ¡Eh, alto!
- Pres.** Con nuestro consentimiento, nunca.
- Los muchachos** (Obstruyendo la entrada.) Te quedas donde estás. Espera, espera. No tanta prisa. Que no se escape. ¡Vaya con el hombre! (Blanco queda inmóvil, con la vista fija, absorto en reflexiones, y al parecer indiferente á lo que está pasando.)
- Alc.** (Levantándose con solemnidad.) Silencio. Ahí. Esperad un momento. Creo que si el alcalde está satisfecho y el dueño del caballo lo está, no hay que hablar más. Ya he tenido en otras ocasiones que lamentar que lo que está mal en esta audiencia es que hay demasiados alcaldes en ella. Lo que es por hoy habrá solo uno, y ese uno es un servidor vuestro. Se lo notifico al presidente del jurado así como también al joven Strapper. También soy el dueño del caballo. ¿Hay alguien que lo niegue? (silencio.) Pues, bien,

entonces, en mi opinión, disponer de un caballo ajeno con el fin de llevar á un niño moribundo á casa de un médico, no es un robo, siempre que, como en el caso presente, el caballo sea devuelto bueno y sano. Aquí no ha habido robo.

Nestor Alc.

Esta no es la ley.

Le impongo á usted la multa de un dolar por desacato al tribunal y se lo cobraré á usted personalmente en cuanto salga de aquí. Y como los muchachos se ven privados de su deporte natural, les voy á dar una pequeña diversión colocándome á la entrada y haciendo una colecta á favor de la desamparada madre del niño muerto que comprometió á Blanco Posnet.

Los muchachos Una colecta. ¡Vamos! ¡Y llamar eso un deporte! ¿Es esta una reunión de beneficencia! A mí que me lleven preso. ¿En qué consiste el deporte?

Alc.

(Prosiguiendo.) El deporte consiste, amigos míos, no tanto en contribuir uno mismo como en ver á los demás aflojar el dinero. Así cada uno contribuye á la diversión general, y todos contribuyen á la suya. Blanco Posnet, va usted libre bajo la protección de la comisión de vigilancia durante justamente el tiempo suficiente para salir de esta población que á usted no le prueba bien. Como tiene usted prisa en marcharse, le venderé el caballo á un precio razonable. Ahora, muchachos, no dejéis salir á nadie hasta que yo me ponga á la entrada. Se levanta la sesión. (Sale.)

Strap.

(A Feemy, al ir hacia la puerta.) Contigo he acabado, ¿lo oyes? Hemos acabado. (Sale con enfado.)

Feemy

(Gritando detrás de él.) A mí, ¿qué me importa un mequetrefe como tú? Vuelve á hacer el amor á esa pecosa delgaducha que dejaste por mí; ya era tiempo de que os juntárais otra vez.

Pres.

(Pasando delante de Blanco.) Un hombre como usted me pone malo. Verdaderamente malo. (Blanco no da señal de vida. El Presidente escupe con asco y sigue á Strapper. Los Jurados dejan sus asientos, excepto Nestor que de borracho se ha dormido.)

- Blanco** (Corriendo de repente hacia la mesa y colocándose de un salto en ella.) Muchachos, voy á pronunciaros un sermón sobre la moral de los acontecimientos de estos días.
- Los muchachos** (Agolpándose alrededor de él.) Bien, venga el sermón. Adelante, Blanco. Que hable el presbítero Blanco. Tóquese el órgano. Oremos.
- Nestor** (Despertándose.) No vuelves á poner los pies en esta población. Contigo hemos acabado.
- Blanco** (Señalando inexorablemente á Nestor.) Borracho dentro de la iglesia y estorbando al predicador. Echenle fuera.
- Los muchachos** (Echando fuera á Nestor.) Vamos, Nestor, fuera. Fuera, Nestor. Y no olvide la multa del alcalde.
- Nestor** ¡Asustarse de la horca! ¡Asustarse de la horca! (En la puerta.) ¡Habrá cobarde! (Es empujado afuera.)
- Blanco** Amados hermanos míos...
- Un muchacho** ¡Qué bien lo hace! (Risas.)
- Blanco** Muchachos. Este mundo está pervertido.
- Otro muchacho** El Señor tenga misericordia con nosotros, míseros pecadores. (Más risas.)
- Blanco** (Con energía.) No, en eso no tienes razón. No os lisonjeéis con ser míseros pecadores. ¿Soy yo un mísero pecador? No, soy un engaño y un fracaso. Quise ser un hombre malo como todos vosotros. Vosotros quisísteis ser hombres malos y, si no, no quisiérais vivir en este triste y malsano lugar que se llama población. Tomé el sendero ancho porque creí que era un hombre y no un aprendiz á ángel, lloroso y apocado que vive en un valle de lágrimas. Los domingos nos enseñaban la doctrina, pero cuando realmente se trataba de negocios, nos recomendaban nunca recibir un golpe sin devolverlo con creces, y buscar dolars. Cuando me formulaban la regla de oro, yo los miraba como si no hubiesen estado presentes, y de ahí nacían regaños. Pero cuando me decían que tratara de vivir mi vida de modo que siempre pudiese mirar mis semejantes á la cara y decirle que fuera al infierno, eso me gustaba.

Los muchachos Muy bien dicho. ¡Bravo, Blanco! Tiene sentido lo que dice.

Blanco Pues sí. Pero ¿á dónde hemos venido á parar? ¿Soy realmente un hombre malo? ¿Un hombre, como quien dice, de redaños? ¿Un hombre que hace lo que le gusta y pasa por encima de los demás para lograr sus fines? ¿O soy una criatura llorona que se deja arrebatar por una mujer un caballo del que depende su vida, y luego se sienta en la hierba á mirar el arco iris y se deja coger como un conejo en la trampa por Strapper Kemp? Un muchacho que cualquier hombre hecho y derecho tiraría al suelo de una patada. Soy un fracasado mil veces peor que el presbítero aquí. Y todos sois más tontos que yo, porque, si no, me hubiéseis linchado.

Un muchacho Es que nos eres simpático, Blanco.

Otro muchacho Además, todavía es tiempo, si te empeñas.

Blanco No, el diablo os salió ya del cuerpo. Todos somos unos fracasados. No somos realmente buenos ni realmente malos.

Dan. Allá arriba hay uno que nos juzgará, Blanco.

Blanco ¿Qué sabes tú de él? Tú que siempre hablas como si Dios no hiciera nada sin pedirte permiso. ¿Por qué murió el niño? Dímelo, si puedes. No es posible que haya El querido matar al niño. ¿Por qué me hizo á mí entermecerme por el niño cuando El pensaba tratarlo tan cruelmente? ¿Por qué fué duro con una inocente criatura y suave con un miserable como yo? ¿Por qué fuí suave yo? ¿Por qué fué suave el alcalde? ¿Por qué hasta Feemy se enterneció? ¿Qué es ese juego que todo lo trastorna? A mí me parece que se juega aquí con dos barajas. Mi juego es un juego pervertido que me hace sentir que soy un miserable y que todos poco más ó menos sois como yo. El otro juego será tonto, pero no está pervertido. Cuando lo jugó el alcalde, dejó de ser un hombre malo. Cuando lo jugó Feemy, á poco se le cae la pintura de la cara. Cuando lo jugué yo, me eché maldiciones por tonto, pero me sentí mejor en el fondo.

Dan. Fué Dios que te habló al alma, Blanco.
Blanco Sí, tú estás muy enterado de las cosas de Dios. Os tratáis muy íntimamente. Por nada en el mundo El haría una cosa que pudiese disgustarte, querido Boozy. Ya. Entonces dime ¿á qué viene eso del garrotillo? Hace mucho tiempo, creo que hizo el tal garrotillo. No pudo imaginar cosa mejor por entonces. Pero cuando vió que se le había ido la mano, me creó á mí y creó á vosotros para combatir el garrotillo. Ya podéis suponer que por algo nos hizo, y que no nos hubiese hecho si sin vosotras su obra hubiese sido perfecta. ¡Demonio! indudablemente por eso estamos en el mundo. Nunca nos hubiera hecho, para ser un granuja borracho como yo, ó una pindonga viciosa como Feemy. Me hizo porque tenía un destino para mí. Me dejó en libertad mientras se elaboraba mi destino, y cuando hubo llegado el momento, no tuve más remedio que arrimarme á la tarea que me había destinado. Y esta no me parece despreciable, si no más bien magnífica. De todos modos, por un minuto perdí la sensación de ser un hombre pervertido, y haré lo posible para volver á perder esa sensación. Oid, ¿quién de vosotros se quiere casar con Feemy?

Los muchachos (Alborotados.) ¿Quién habla primero? ¿Quién se casa con Feemy? ¡Ánimate, Jack! ¡Vamos, tú, Peter! Hace falta un marido para Feemy. ¡Para Feemy, como quien no dice nada!

Feemy (Brusca) Déjenme á mí fuera de la conversación.

Blanco Feemy fué una rosa en el sendero ancho, ¿no os parece? Todos la conocísteis como la mayor pérdida de estos contornos. Pues ha fracasado como mujer mala, como yo fracasé como hombre malo. Por eso le ruego á mi hermano Daniels que nos case para que todo lo malo se quede en la familia. ¿Qué dices á eso, Feemy?

Feemy Gracias, pero, cuando yo me case, será con un hombre capaz de hacer una buena acción sin que haya perdido el juicio. Tú eres como

- un niño con un juguete nuevo; tú y tu mi-
ja de ternura humana.
- La mujer** Sin embargo, pocos hubieran hecho lo que
él estando en peligro de muerte.
- Feemy** Pues si tan bien lo encuentra usted cásese
usted con él. Yo creo que usted sería lo que
se llama una buena esposa para él.
- La mujer** Fuí una buena esposa para el padre de mi
niño. No creo que una mujer pueda ser dos
veces en su vida una buena esposa. Ahora
lo que me hace falta á mí es que alguien
sea un buen esposo para mí.
- Blanco** Caballeros, ¿hay alguien que conteste en esta
inteligencia? (Los muchachos menean la cabeza.)
¡Oh, qué cosas pasan en el mundo! Aquí hay
una mujer realmente buena, y se ha harta-
do de serlo, porque llegó á conocer que el
serlo no conduce sino á que los demás abu-
sen de uno.
- Hannad** Pues si no hubiese nada malo en el mundo,
¿qué nos quedaría á nosotros por hacer?
- Dan.** No te desanimes, hermano. Sigue luchando.
Busca tu senda.
- Blanco** No. Basta de sendas. Ni anchas ni estrechas.
Pero en verdad os digo que hay un juego de
mala ley y hay un juego grande. Yo jugué
el juego de mala ley, pero el juego grande
se jugó conmigo, y ahora estoy por el juego
grande para siempre. Amén. Caballeros, vá-
monos al café. Yo pago lo que se beba. (Baja,
de un salto, de la mesa.)
- Los muchachos** Tienes razón, Blanco. Vamos á beber.
Vamos, muchachos, que Blanco es el paga-
no. Vamos al café del presbítero. ¡Hurrah!
(Se precipitan afuera arrastrando consigo al presbí-
tero.)
- Blanco** (A Feemy, tendiéndole la mano.) Vengan esos cin-
co, Feemy.
- Feemy** Anda por ahí, pillo.
- Blanco** Otra vez me ha dado en el corazón, como
cuando me tocó el niño. Venga tu mano,
Feemy.
- Feemy** Bien, toma. (Se dan la mano.)

Precio: UNA peseta